

NUESTROS POETAS

“ESCALA DE SOLEDAD”

Editado por SUMA acaba de aparecer un nuevo librito de poemas de nuestro colaborador, Pbro Luis E. Henríquez. Ofrecemos como specimen, estos tres bellísimos sonetos.

CREPUSCULO

Era un malva impreciso, casi rosa,
el fondo del ocaso que moría;
el oro en el azul se diluía
con una dulcedumbre dolorosa.

Una nube encendida y vaporosa
va trocándose en cárdena y sombría;
aletea el ocaso en su agonía
como al morir la frágil mariposa

Mi sueño fué cual resplandor de ocaso
que la plumiza nube de amargura
en oro, malva y grana transfigura.

Pero la luz se huyó con lento paso,
y el palpitante azul de mi ternura
murió en la angustia de la tarde oscura.

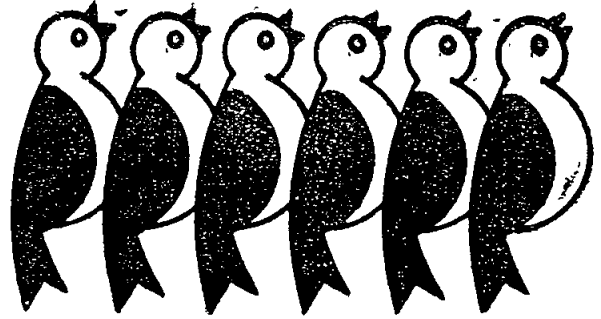
ALBA

Trémula de luz difusa en hondo cielo,
leve, incolora, tímida, imprecisa,
como tenue bosquejo de sonrisa
que roza apenas el cercano duelo.

En aire de esperanza alzó su vuelo
mi pájaro interior de ala indecisa.
Tras el huído paso de la brisa
revuelan los azores del anhelo.

Azul recién nacido . . . en la serena
palidez de la hora, la azucena
de la melancolía alza su espada,

y el último lucero, malherido,
gaviota agonizante en mar de olvido,
muere al lento pasar de la alborada.



TARDE

El ocaso prendió morado velo
sobre la tarde luminosa y pura,
y en el azul de la lejana hondura,
en un rayo de sol, se va mi anhelo

Silencio, soledad. . . recata el cielo
con serena tristeza su hermosura.
Tensa el alma hacia un aire de ventura
y rota el ala para el alto vuelo.

Desvaído color, luz fugitiva,
delgada niña que su pelo enreda
de rota nube entre la tenue seda

Mi pena toda se me huyó, cautiva,
en el rayo de luz que transfigura
mi desflecada nube de amargura.

Pbro Luis E. HENRIQUEZ.

LOS BRONCES DE MI PUEBLO...

A mi padre en sus bodas de oro de profesión médica en la ciudad de La Victoria.

Oh genios que habitáis en las campanas
que dormís en silencio
mientras duermen los bronce en la torre
con los callados ecos.

Oh genios que habitáis en las campanas
y al levantar el vuelo
cortáis el aire con aladas notas
sonoras cual las voces de los truenos.

Y al repique del alba, por los aires
perseguis el silencio
que va a esconderse allá por las montañas
en las oscuras cuevas o en los ceibos.

Visitáis las cabañas de los pobres
en su rústico lecho
sacudís suavemente al campesino
al madrugar a su trabajo austero.

Quando en la tarde cuelgan los crepúsculos
sus azulados velos
y deshunce sus bueyes junto al surco
y en su rustico lecho

y los tímidos pájaros se acogen
al nido soñolientos,
llamáis al pueblo a la oración postrera
con dulce y suave voz de misionero.

Vosotros sois los ángeles que anuncian
la Misa para el pueblo,
vosotros sois los que cantáis gozosos
el bautizo del ángel pequeñuelo.

Y al descender la vida en el ocaso
en los ojos del viejo,
con los dobles muy lentos y profundos
rezáis una plegaria por los muertos.

Campanas milenarias,
oh bronces de mi pueblo,
sois testigos eternos que no mueren
de las edades de un pasado inmenso!

De la antigua ciudad en los principios
visteis los fundamentos,
vosotros sois su historia, sus anales,
reconocéis sus vivos y sus muertos.

¿A quién sino a vosotros
he de llamar, cuando conjuro el tiempo
cincuenta años atrás, pues los de entonces
son muy ancianos o tal vez murieron?

Por eso yo os invoco cuando ahora
resucitar pretendo
cinco décadas dormidas en los pliegues
del largo manto que cobija al tiempo.

Empinados, oh bronces, en la torre
en la torre del templo,
os asomásteis cuando acá llegaba
por primer vez el bondadoso médico

Y supísteis entonces que aquel día
el cansado viajero
prometió consagrar toda su ciencia
en aras de ese suelo

que ahora pisaba, y le ofrendó entusiasta
sus fuerzas juveniles, su talento,
toda su vida, su interés, su alma,
en holocausto suavísimo y perfecto.

Y cumplió su promesa
como buen caballero.
El fué diciendo a la salud dormida:
"Despierta, que yo vengo!"

El fué para los gráciles apoyo,
para el triste consuelo,

y acogió con ternura al niño pobre
que madre enferma le llevaba enfermo

La puerta de su casa
abrió sus brazos con cariño tierno
a todo el que lloraba en sus dolores
que arrancaban del alma los lamentos.

Vertió el bálsamo suave
en las heridas abiertas sobre el pecho;
se esfumaron las blancas cicatrices
y el perfume del bálsamo fué al cielo

para formar la nube
que en el ocaso de sus días postreros
bajará convertida en tenues gotas
y en las gotas nadando los recuerdos

Los recuerdos alegres
que sonríen cuando ven al pensamiento,
le dicen: ¿No te acuerdas? Es tu vida
que ha esparcido favores y consuelos;

Los recuerdos gloriosos,
son esos que en las sienes de los buenos
colocan un laurel y luego dicen:
si preguntas por qué, oye a tus méritos

Ya los recuerdos flotan en los aires
como hojas en el viento,
ya los llevan las notas en sus alas
al despertar los bronces y sus genios.

Hoy despertaron, sí,
ya se oyen las campanas desde lejos
tañer con insistencia, ya celebran
en su canto las bodas del buen médico.

Campanas milenarias,
oh bronces de mi pueblo,
sois testigos eternos que no mueren
de las edades de un pasado inmenso!

Oh campanas felices, en las notas
llevad también al padre estos recuerdos,
llevad el alma del ausente hijo
cantándole a su oído en el silencio

que forme un ramillete con las rosas,
cincuenta rosas de encarnados pétalos,
para ofrecerlo al Dios de los amores,
para adornar el cielo! . .

Ya tomaron los ángeles la ofrenda,
el manojo de pétalos;
Jesús entre sus manos recogiólos
para jugar o sonreír con ellos...

Santa Rosa de Viterbo, 26-VIII-45.

Rafael Ernesto Carías.